

DEL HOMBRE VIEJO AL NUEVO.

(La verdadera religión 49 y algunos apuntes de santidad)

Estando en África, Agustín escribe este libro sobre la verdadera religión (cf. *Retractaciones* 1, 10, 1). ¿Qué pretende? Decirnos que la verdadera religión es aquella que nos enseña a adorar a la Trinidad. Siendo un escrito temprano, va contra los maniqueos, que es el primer objetivo que se ha propuesto para clarificar la doctrina eclesial: “También escribí por entonces un libro sobre *La verdadera religión*. En él se discute de muchas formas y copiosísimamente que sólo ha de ser adorado con religión verdadera el único Dios verdadero, esto es: la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y con cuánta misericordia suya ha concedido a los hombres, durante la presente economía temporal, la religión cristiana, que es la religión verdadera; y cómo el hombre debe ser preparado con dulzura para el mismo culto de Dios. En fin, este libro va principalmente contra las dos naturalezas de los maniqueos” (*Las retractaciones* 1, 13, 1).

Con relación a la santidad, que es el tema que nos ocupa en este momento, Agustín nos va a presentar un proceso ascendente, o si queremos, nos presenta un proceso de maduración. Lo cierto es que, abandonando el hombre viejo, nos renovamos y llegamos a ser hombres nuevos, o lo que es lo mismo, ponemos en marcha todo un proceso de santificación, que es el único proceso válido de maduración cristiana y espiritual. Evidentemente podemos ir distinguiendo distintas etapas en ese proceso, porque así lo entendemos mejor y nos acercamos con mejor disponibilidad y es a lo que nos invita Agustín diseñando siete etapas, pero que para que podamos iniciar este proceso será necesario que la gracia de Dios de el espaldarazo a los que son misericordiosos y ayudan a los demás. No obstante, hemos de saber que la transformación interior y el camino son gracia de Dios no merecida: “Pues tal es la ley de la divina Providencia: que ninguno reciba ayuda superior para conocer y merecer la gracia de Dios si él, a su vez, no presta socorro a los inferiores, con afecto desinteresado, para lograr el mismo fin. De esta suerte, aun después del pecado que contrajo nuestra naturaleza por culpa del primer hombre, el género humano ha llegado a ser la gloria y ornamento de este mundo, y tal es sobre él la acción de la divina Providencia, que el remedio inefable aplicado a nuestra corrupción ha trocado la deformidad de nuestros vicios en no sé qué nuevo linaje especial de hermosura” (*La verdadera religión* 28, 51).

Si no fuera esto así habría que preguntarse ¿dónde quedaría la gratuidad de la gracia? Agustín precisamente ha tenido que repensar sus planteamientos ante estas dudas. La gracia nos renueva en Cristo y nos anima en el proceso de las siete edades espirituales: “Este se llama el hombre nuevo, el interior y celestial, que tiene también, a su manera, algunas edades espirituales, que no se cuentan por años, sino por los progresos que el espíritu realiza. La primera se amamanta en el regazo de la provechosa historia, que nutre con sus ejemplos. En la segunda, olvidándose de lo humano, se encamina a lo divino y, saltando del regazo de la autoridad de los hombres, se esfuerza con la razón para cumplir la ley soberana y eterna. En la tercera, más afianzada y dominadora del apetito sensual con la robustez de la razón, disfruta interiormente de cierto goce conyugal, porque se espiritualiza la porción inferior y se abraza la pudorosa continencia, amando por sí misma la rectitud del vivir y aborreciendo el mal, aunque

todos lo consintieran. En la cuarta, todo lo anterior se asegura y ordena, y luce el decoro del varón perfecto, fuerte y dispuesto para todas las persecuciones y para sostener y quebrar en sí todas las tempestades y marejadas de este mundo. La quinta es apacible y tranquila de todo punto, y se solaza en las riquezas y abundancia del reino inalterable de la soberana e inefable sabiduría. La sexta trae la transformación completa en la vida eterna y, con el total olvido de lo temporal, el tránsito a la forma perfecta, que fue hecha a imagen y semejanza de Dios. La séptima es el descanso eterno y la bienaventuranza perpetua, que ya no admite edades. Pues como el fin del hombre viejo es la muerte, el del nuevo es la vida eterna. Pues aquél es el hombre del pecado, éste el de la justicia” (La verdadera religión 26, 49).

El punto de partida es sumamente sencillo, lo constituye la primera de las edades y, como hemos leído consiste en amamantarse en los pechos de la historia: “La primera se amamanta en el regazo de la provechosa historia, que nutre con sus ejemplos” (La verdadera religión 26, 49). Nos habla de nutrirse con los ejemplos de la historia, pero Agustín no nos dice cuáles son esos ejemplos, no nos especifica cómo hemos de nutrirnos. Ciertamente en los platónicos encontramos planteamientos de ascensión parecidos y no sería difícil que fuese allí donde hay que buscar el origen de esta forma de plantear la ascensión a la santidad de Agustín.

Lo cierto es que, puesto ya en el camino, en el segundo peldaño, Agustín intenta olvidarse de lo terreno para aspirar a lo divino apoyándose en la ley de Dios: “*Has preparado una mesa delante de mí frente a los que me afligen*: después de la vara con que, en cuanto niño y aún animal, me aleccionabas con tus pastos dentro de tu rebaño; cuando, después de la vara, comencé a estar bajo tu cayado, preparaste una mesa delante de mí para que no me alimente ya a base de leche como un niño, sino a base de alimento sólidos, una vez crecido y fortalecido frente a los que me afligen. *Me ungiste la cabeza con perfume*: alegraste con alegría espiritual mi alma. *Y tu copa embriagadora ¡qué extraordinaria es!*: ¡qué extraordinaria es tu copa que causa el olvido de los primeros y vanos placeres!” (Comentario al salmo 22, 5). Posiblemente se esté refiriendo a esto cuando Agustín dice en La ciudad de Dios: “Sin embargo, enmendó en eso el sentir de los otros platónicos, que no es de poca importancia: confesó que purificada el alma de todos los males y establecida con el Padre, no padecería ya los males de este mundo. Con esta opinión suprimió ciertamente lo que parece ser el meollo de la doctrina platónica, es decir, que como los muertos proceden siempre de los vivos, así los vivos proceden de los muertos. Y demostró que es falso lo que con sabor platónico parece dijo Virgilio: que las almas purificadas enviadas a los Campos Elíseos (nombre que, según la leyenda, parece querer significar los gozos de los bienaventurados) son llevadas al río Leteo, esto es, al olvido de todo lo pasado: «Tornen a las tierras olvidadas de lo pasado y renazca en ellas el deseo de volver a habitar en cuerpos humanos». Con razón reprueba esto Porfirio; en verdad, es necio creer que desde aquella vida, que no podrá ser felicísima si no estuviera certísima de su eternidad, puedan desear las almas las taras de los cuerpos corruptibles y tornar de allí a esta realidad; como si la suprema purificación consistiera en buscar la impureza” (La ciudad de Dios 10, 30).

Lo que parece que está claro es que los que comienzan este proceso de santificación, de ascensión a Dios, pasan del hombre viejo al nuevo y necesitan alimentarse de la palabra de Dios, que les conducirá de lo terreno a lo divino. Esto no significa que de inmediato nos despertemos en lo divino, el proceso es pausado y es

necesario tener paciencia. Dando un paso más, subiendo al peldaño tercero, nos percataremos que los apetitos y la razón se unen, que los principios vitales y los principios racionales necesitan armonizarse y así nos capacitamos para vivir con rectitud, porque, cambiados los gustos, se apetece más el bien. No olvidemos que se trata de ser hombres nuevos, como maduración lenta de las elecciones hechas, pero es necesario un nuevo nacimiento: “Mas siguen muchos íntegramente, desde la cuna hasta el sepulcro, este género de vida del hombre, a quien acabamos de describir, viejo, exterior y terreno, ora guarde alguna clase de moderación que le es propia, ora vaya más allá de lo que exige una justicia servil. En algunos, si bien comienzan necesariamente por él, se produce un segundo nacimiento, y eliminan y acaban todas sus etapas con el vigor espiritual y el crecimiento en la sabiduría, sometiéndolas a leyes divinas hasta la total renovación después de la muerte” (La verdadera religión 26, 49). Es evidente que tiene que empezar a regir la razón y no el apetito, pero que no será posible sin la intervención radical de la gracia y de Jesucristo: “Su historia se llama Antiguo Testamento, que incluye la promesa de un como reino temporal, y toda ella figura a la nueva humanidad y al Nuevo Testamento, que promete el reino de los cielos. La vida temporal de este pueblo comienza, entre tanto, con la venida humilde del Señor y corre hasta el día del juicio, en que aparecerá con gloria. Después de este juicio, acabado el hombre viejo, vendrá la definitiva renovación, que promete una vida angélica: *Porque todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados*” (La verdadera religión 27, 50).

Para poder hacer todo este proceso el primer paso será ordenar la propia vida, sobre todo en su interior y es que en el camino de la santidad no se puede dar ni un paso sin orden, sin este orden no se puede llegar a Dios, como nos recuerda Agustín: “Recibid, si os place, o más bien esforzaos por admitir el elogio más breve y verdadero que se puede hacer de él, a mi parecer. El orden es el que, guardándolo, nos lleva a Dios; y si no lo guardamos en la vida, no lograremos elevarnos hasta Él. Mas yo presumo y espero que nosotros llegaremos, según la estimación que de vosotros tengo. Debemos, pues, tratar y resolver con suma diligencia esta cuestión” (El orden 1, 9, 27).

Agustín concibe la vida como una travesía, es surcar los mares en búsqueda de la tierra firme y estable, superando todas las pasiones, anhelando el puerto, que no es otra cosa que Dios, lugar donde se consigue la felicidad, la verdadera paz. Agustín en el primer momento piensa que hay que llegar al puerto de la filosofía: “Si al puerto de la filosofía, desde el cual se adentra ya en la región y tierra firme de la vida dichosa, ¡oh ilustre y magnánimo Teodoro!, se lograra arribar por un procedimiento dialéctico de la razón y el esfuerzo de la voluntad, no sé si será temerario afirmar que llegarían bastantes menos hombres a él, con ser poquísimos los que ahora, como vemos, alcanzan esta meta. Pues porque a este mundo nos ha arrojado como precipitadamente y por diversas partes, cual a proceloso mar, Dios o la naturaleza, o la necesidad o nuestra voluntad, o la combinación parcial o total de todas estas causas -problema éste muy intrincado, cuya solución tú mismo has emprendido-, ¡cuántos sabrían adonde debe dirigirse cada cual o por dónde han de volver, si de cuando en cuando alguna tempestad, que a los insensatos paréceles revés, contra toda voluntad y corriente, en medio de su ignorancia y extravío, no los arroja en la playa por la que tanto anhelan!” (La vida feliz 1. 1). Para concluir el libro diciendo que es necesario buscar a Dios y descansar en Él: “Mas cierto aviso que nos invita a pensar en Dios, a buscarlo, a desearlo sin tibieza, nos viene de la fuente misma de la Verdad. Aquel sol escondido irradia esta claridad en nuestros ojos interiores. De él procede toda verdad que sale de nuestra boca, incluso

cuando por estar débiles o por abrir de repente nuestros ojos, al mirarlo con osadía y pretender abarcarlo en su entereza, quedamos deslumbrados, y aun entonces se manifiesta que Él es Dios perfecto sin mengua ni degeneración en su ser. Todo es íntegro y perfecto en aquel omnipotentísimo Dios. Con todo, mientras vamos en su busca y no abrevamos en la plenitud de su fuente, no presumamos de haber llegado aún a nuestra Medida; y aunque no nos falta la divina ayuda, todavía no somos ni sabios ni felices. Luego la completa saciedad de las almas, la vida dichosa, consiste en conocer piadosa y perfectamente por quién eres guiado a la Verdad, de qué Verdad disfrutas y por qué vínculo te unes al sumo Modo. Por estas tres cosas se va a la inteligencia de un solo Dios y una sola sustancia, excluyendo toda supersticiosa vanidad” (La vida feliz 4, 35).

En otro momento Agustín nos dice que hay que aspirar al varón perfecto en un proceso de ascensión a la vida feliz: “Mientras que los que como a niños amamanta la Iglesia católica, si no nos los roban los herejes, van desarrollándose cada uno según su capacidad y necesidades, y avanzan hacia la edad del hombre perfecto, y después hacia la madurez y blancura de la sabiduría, y llegan, finalmente, en la medida de su voluntad, a vivir una vida felicísima” (Las costumbres de la Iglesia 1, 10, 17). Este vivir feliz no es otra cosa que vivir plenamente, es decir, santamente, aunque en este momento Agustín tal vez esté pensando más en una plenitud humana que divina. De hecho, él nos habla de los que no han llegado a la perfección en su vida cristiana: “Luego eran semejantes a las mujeres los que en las pruebas de la expectación hasta que llegasen las promesas de Dios, al no perseverar virilmente, tentaron a Dios; y a los niños los que se sentaron a comer y a beber, y se levantaron a danzar. Y no solamente entonces, sino también en el pueblo del Nuevo Testamento, los que no perseveran hasta llegar al hombre perfecto, bien por debilidad de fuerzas, bien por ligereza de espíritu, deben ser comparados a las mujeres y a los niños” (Ochenta y tres diversas cuestiones 61. 5). Es necesario un proceso de conversión dejando el hombre viejo: “Por tanto, como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial, desnudándonos del hombre viejo y vistiéndonos del hombre nuevo, para que no se nos reproche como al vaso de arcilla: *¿Es que va a decirle la arcilla al que la ha modelado: por qué me has hecho así?*” (Ochenta y tres diversas cuestiones 68, 3).

El quinto peldaño de la subida se transforma en un momento de paz y tranquilidad y en momento de disfrute. ¿Qué es lo que disfrutamos en esta especie de descansillo en la ascensión que es la quinta etapa? Muy sencillo y profundo a la vez: disfrutamos de “las riquezas y abundancias del reino inalterable de la soberana e inefable sabiduría” (La verdadera religión 26, 49). Esta paz y tranquilidad de la mente es un don que hay que pedir a Dios, porque es regalo divino, pero que en este peldaño nos sale al paso como necesario impulso para seguir ascendiendo. Agustín al comienzo de la Réplica a la carta de Manes, pide un espíritu pacífico y serenidad: “He suplicado y suplico al único y verdadero Dios todopoderoso de quien, por quien y en quien existen todas las cosas, que me otorgue un espíritu pacífico y sereno que piense más en corregiros que en derribaros, a la hora de refutar y rebatir vuestra herejía, a la que quizá también vosotros, ¡oh maniqueos!, os adheristeis más por imprudencia que por malicia” (Réplica a la carta llamada del Fundamento 1).

En el sexto peldaño se experimenta ya una transformación, es decir, se da ya un cambio completo, se consigue la imagen y semejanza perfecta de Dios, forma perfecta del hombre: “La sexta trae la transformación completa en la vida eterna y, con el total

olvido de lo temporal, el tránsito a la forma perfecta, que fue hecha a imagen y semejanza de Dios” (La verdadera religión 26, 49). En este momento podríamos entender la santificación como un verdadero proceso de deificación, esta sexta etapa hemos recibido la forma de Cristo, se nos ha regalado el ser hijos de Dios y el poder vivir como tales, como lo que somos en plenitud.

Llegamos ya al séptimo peldaño de ascenso a Dios, que es ya el reposo eterno, la felicidad plena. El hombre viejo ha desaparecido porque ya está en plena vida el hombre nuevo: “La séptima es el descanso eterno y la bienaventuranza perpetua, que ya no admite edades. Pues como el fin del hombre viejo es la muerte, el del nuevo es la vida eterna” (La verdadera religión 26, 49). Hemos llegado a la meta, al reposo, al lugar que nos corresponde, al verdadero descanso, como nos recordará más tarde Agustín: “En tu Don descansamos: allí te gozamos. Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos levanta a allí y tu Espíritu bueno *exalta nuestra humildad de las puertas de la muerte*. Nuestra paz está en tu buena voluntad. El cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. El aceite, echado debajo del agua, se coloca sobre ella; el agua derramada encima del aceite se sumerge bajo el aceite; ambos obran conforme a sus pesos, y cada cual tiende a su lugar. Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: se ordenan y descansan. Mi peso es mi amor, él me lleva doquiera que soy llevado. Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardecemos y caminamos; subimos las ascensiones dispuestas en nuestro *corazón* y cantamos el *Cántico de las gradas* o subidas. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén, porque *me he deleitado de las cosas que aquéllos me dijeron: Iremos a la casa del Señor*. Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos más que permanecer eternamente allí” (Confesiones 13, 9. 10).

En este séptimo peldaño hemos conseguido el descanso, el reposo. Hemos descubierto que el hombre sólo puede descansar en Dios, que conseguir el fin es adentrarnos en Dios y reposar nuestra cabeza en su seno. Esto significa que la santidad es un proceso acabado, aunque tengamos que reconocer que en esta vida todo está solo insinuado, porque el hombre viejo y el hombre nuevo parece que siguen conviviendo por largo tiempo y que solo en la vida eterna desaparece el viejo: “Como, pues, evidentemente, esos dos hombres son de tal calidad que el tipo de uno de ellos, o sea, el del hombre viejo y terreno, puede realizarlo uno durante toda esta vida; pero el del hombre nuevo y celestial nadie puede realizarlo inseparadamente del hombre viejo - pues forzosamente con él ha de convivir hasta la muerte, aunque vaya decayendo, mientras el otro progresa-; así, guardando la debida proporción, todo el género humano, cuya vida desde Adán hasta el fin de este siglo se asimila a la de los individuos, de tal modo se halla regida por las leyes de la divina Providencia, que aparece distribuida en dos clases. La una como prende la masa de los impíos, que llevan impresa la imagen del hombre terrenal desde el principio del siglo hasta el fin. La otra abarca la sucesión del pueblo consagrado al culto del Dios único, y desde Adán hasta San Juan Bautista cumple en su vida terrena cierta justicia, inspirada en el temor servil” (La verdadera religión 27, 50).

Como podemos ver en este proceso del hombre viejo al hombre nuevo. Hasta la perfecta configuración con Cristo, es la gracia la que tiene el encargo de reformar a toda la persona, y la que tiene el mayor protagonismo. En todo este camino Agustín ha

puesto de relieve tres rasgos esenciales de la santidad: la santidad es gradual, lo que trata es de convertir al hombre en forma de Cristo, es decir, deificar al hombre y la protagonista es la gracia, que es gratuita.